

pero la diferencia del mio era tan notable, que ellos no habian visto nunca cosa igual. Yo llevaba una chaqueta de caza á rayas verdes y chaleco de lo mismo, un ancho pantalon de que no veian en verdad mucho porque iba metido en las botas de caza; una camisa de color de rosa con cuello vuelto sobre una ligera corbata y un gran sombrero de fieltro con anchas alas que podian tomar diversas formas. Hacia cuatro años que no me cortaba el pelo y pendia en bucles sobre mis hombros: esto era admirable para los kirghis que se rapan la cabeza escrupulosamente.

Habiendo tomado algunos informes sobre el pais que habia que atravesar antes de llegar á la vivienda del sultan Sabeck, supe que á los dos dias de marcha pasaríamos por el aul de Kubaldos, ladron de profesion. Mi huésped me aseguró que este utlaw no nos molestaria de ningun modo en su aul, pero que su gente seguiria nuestra pista y procuraria desvalijarnos en el camino.

Ignoro si el guarañon que el sultan Baspasihan puso baja mi guarda, inspiró confianza á Ui-Yas; pero él quiso enviar tambien una mision al sultan Sabeck. Me dió tres kirghis para que me acompañaran y me ofreció caballos de refresco de que tendríamos ciertamente, segun dijo, necesidad. Por lo demás, él tendria cuidado de los nuestros hasta que volviéramos á sus pastos del Oeste, donde en breve trasportaria su aul, y por donde habíamos de pasar precisamente de regreso. Cuando todo estuvo dispuesto, me trajo un cosaco un pedazo de carne cocida y despues de este festin de despedida, penetramos en el desierto.

Antes de partir pregunté á los kirghis por medio de un cosaco, si alguno de ellos tenia miedo de ir al aul de Kubaldos.—¡Jock! (no) respondieron todos blandiendo sus hachas.

Campamento de utlaws.—Partida precipitada.—Puerta del sol en el desierto.—Lluvia de aerólitos.—Bandidos burlados.—Los sultanes de la estepa, sus guerras y funerales.

El paso de una rica vegetacion á la aridez del desierto, la animada escena que habíamos dejado por la mañana y la soledad completa de la estepa, se prestaban á reflexiones melancólicas. Allí en efecto, hay pocos lazos comunes entre los hombres: los kirghis viven separados del universo y completamente absorbidos en la guarda de sus rebaños y la mayor parte de ellos envejecen y mueren sin haber visto la cara de un hombre extraño á su tribu.

En el camino presenciábamos un bello efecto de espejo. Un lago de inmensa estension apareció á nuestra vista en la lontananza de la estepa con una gran ciudad estendida en sus orillas. Estensos bosques de árboles gigantes se reproducian con tanta fidelidad, que era difícil no ver allí mas que una ilusion. Las horas se

sucedian á las horas y el cuadro retrocedia ante nosotros trasformándose á cada instante hasta que al fin se desvaneció. Dos cosacos y un calmuco que no habian sido nunca testigos de tales fenómenos no podian creer que aquellas aguas, aquella verdura y aquellos monumentos fueran solamente arena.

El dia siguiente por la mañana la llanura cambió de color en lontananza, lo que nos auguraba la proximidad de los pastos que buscábamos. Una hora despues estábamos á la vista de una porcion de camellos y caballos. A una *versta* del ganado se descubrieron muchos hombres que venian á nuestro encuentro, mientras que otro salia á galope en sentido inverso. Nos habian visto y aquel emisario iba á anunciar á su gefe la llegada de hombres armados.

Muy luego llegaron cuatro kirghis, quienes despues del *aman* de salutación, nos sometieron á un interrogatorio para saber quiénes éramos, y á dónde íbamos. Hubiera sido muy difícil explicar quiénes éramos; pero se contestó á la última pregunta diciéndo que deseábamos ir al aul de Kubaldos. Los kirghis volvieron grupa en seguida y nos acompañaron tomando el camino del Sur. Entre ellos y nuestra escolta se entabló entonces una corta conversacion, despues de la cual dos de los kirghis partieron apresuradamente. Dos *verstas* mas allá pudimos ya descubrir el aul de donde salian muchos hombres á nuestro encuentro: nosotros pusimos al trote los caballos y en poco tiempo nos reunimos. Los recién llegados echaron pie á tierra y nos saludaron; despues se acercaron dos á mí y colocándose á los lados de mi caballo, me dieron escolta de honor. La distancia no era grande: el campamento estaba muy estendido y contenia veintisiete *yurtas*, algunas de los cuales tenian lanzas en sus puertas.

Los kirghis me condujeron á una de aquellas viviendas, ante la cual habia un hombre de alta estatura vestido con un *kalat* de terciopelo negro, ceñido con una banda carmesí, y cubierta la cabeza con un gorro del mismo color forrado de pieles. El hombre avanzó unos pasos, tomó las riendas de mi caballo y me dió, segun costumbre, la mano para echar pie á tierra. En seguida me tocó el pecho sucesivamente con la mano derecha y con la izquierda y me introdujo luego en su morada.

Y héme aquí sentado frente á frente del gran capitán de bandoleros, Kubaldos, de quien ya habia yo oido hablar mucho y malo; porque su fama cundia por toda el Asia central. Mientras estuvo en pie lo creí de alta estatura, pero una vez sentado, observé que no tenia mas de la mia, es decir 5 pies y 11 pulgadas (1 m. 80 cent.) los tacones de sus botas que tenian 2 pulgadas de altura, me indujeron á error. Hízome sentar en un tapiz y se sentó él en frente de mí, permaneciendo á su espalda diez ó doce de los su-

yos. Fácil era conocer que mi fisonomía y mi traje eran objeto de un exámen por parte de los que tenia en frente: yo tambien los examinaba á ellos. En aquel momento, dos jóvenes trajeron el té de hospitalidad que me sirvieron en una mesa baja: yo por mi parte invité á mi huésped á que se sentara á mi lado. Entre nosotros debia haber igualdad perfecta: para la gente de Kubaldos, nosotros éramos dos sultanes porque ellos me suponian jefe de mi tropa. El té fue servido en vasitos de la China, y en platos del mismo origen, azúcar cande y frutas confitadas. Kubaldos me eligia las frutas sirviéndome atentamente y tomando para sí liberalmente: yo le correspondia con iguales obsequios.

Dos cosacos y Tchuck-a-bua estaban sentados á cierta distancia y los jóvenes les sirvieron tambien té como á tres ó cuatro kirghis sentados en primer término; pero no les sirvieron frutas. Cuando nosotros acabamos, los otros kirghis tomaron su parte de té.

Entonces Kubaldos inquiriendo el objeto de mi visita me preguntó á dónde iba. Yo le contesté por medio de un cosaco que iba á *Tchin-si*, y que no debia atravesar la comarca sin ofrecer mis respetos á un jefe tan famoso como él: añadí que llevaba intencion de visitar al sultan Sabeck y desde allá continuar mi viaje hácia Tchin-si. Me preguntó si tenia algo que vender, ó si iba á Tchin-si á comprar alguna cosa. La respuesta *jock* pareció admirarlo mucho. Deseó saber la razon de llevar nosotros tantas armas. Mi respuesta fue que para defendernos en primer lugar, y luego para procurarnos la subsistencia cazando. Espresó su deseo de comprarme las pistolas, la escopeta de dos cañones y dos carabinas. El cosaco dejó otra vez escapar la palabra *jock* con mucha mas fuerza. Pidió pólvora y balas y no tuvo mejor respuesta. El cosaco se volvió hácia mí y me dijo. «A este paso muy pronto nos mandará degollar.»

Entonces abrí mi album y mostré al bandolero una vista iluminada, que representaba una *yurta* con sus camellos alrededor, y esto le interesó vivamente; pero no quiso permitir que lo retratara.

Mientras que preparaban dos carneros para la comida, Kubaldos parecia muy deseoso de ver funcionar mi escopeta: sin duda creia que los dos cañones hacian fuego al mismo tiempo; ó acaso pensara que era una imitacion de una espada chinesca con sus dos hojas sujetas á una misma empuñadura y distantes entre sí media pulgada. El jefe la sacó de su vaina con gran cuidado exhibiéndola como una arma temible, pero no produjo el efecto que esperaba. Al atravesar el aul ví un lago en que nadaban algunos pájaros acuáticos: tomé mi escopeta y, seguido de Kubaldos y sus kirghis, me dirigí al lago. Al llegar, se levantaron muchos patos; hice fuego y uno de ellos cayó en el lago: disparé otra vez y maté otro que fué á caer

á pocos pasos del jefe. Kubaldos examinó la escopeta, me vió volverla á cargar y hubiera querido sin duda que siguiera tirando un par de horas, suponiendo que hubiesen quedado allí los patos.

Volvimos á la *yurta* y pregunté por medio de un cosaco cuántos dias de marcha habia hasta Tchin-si. El jefe respondió que cuatro y tres solamente hasta el aul de Sabeck: me encargó que me dirigiera mas al Sur á fin de visitar á su amigo Ultiung, quien nos indicaria un camino mas fácil. Los cosacos y Tchuck-a-bua me dijeron que era lo mejor hacerle creer que seguiríamos su consejo. De este modo haria sus planes en aquella direccion; pero por la mañana nos dirigiríamos mas al Este, porque de esta manera era seguro encontrar los pastos de Sabeck.

La comida estaba servida en vasijas, cuando Kubaldos se levantó y me condujo á un tapiz estendido fuera de la *yurta*. Despues de las abluciones de costumbre pusieron los humeantes platos delante de nosotros. Los cosacos habian asado para mí un pedazo de carne, porque habiendo cocido en la olla las entrañas de los carneros sin haberlas limpiado, cosa ordinaria entre los kirghis, ví algunas bolas de yerba á medio digerir flotando en el líquido hirviendo, como tambien en las soperas y otros vasos de servicio. Habia allí unos cincuenta hombres agrupados en frente del jefe; algunos de ellos lanzaban desesperadas miradas á una comida en que no esperaban tener participacion. Detrás de ellos estaban sentadas hasta veinticinco mujeres, de aspecto miserable y entre ellas una multitud de niños.

Casi todos los kirghis vestian pieles de caballo, cuyas crines les caian á la espalda; tenian tambien gorros de piel guarnecida de su pelo, lo que les daba un aspecto salvaje ó mas bien feroz que realizaba aun mas su voraz modo de tragar. Nosotros no corriamos riesgo de ser molestados mientras fuéramos sus huéspedes; Kubaldos me habia ya invitado á permanecer en su casa un dia mas, dejando asi reposar nuestros caballos; pero ninguno de mis hombres hubiera consentido de grado, y todos tenian prisa en emprender la marcha el dia siguiente. Atáronse los caballos cerca de la *yurta* y todos mis hombres recibieron la consigna de velar muy especialmente por las armas. Al amanecer los hombres ordeñaban las yeguas, las mujeres las vacas, ovejas y cabras; todo tenia en el campamento una gran animacion. Cerca de nosotros y en hornillas ahuecadas en la tierra habia puestas tres ollas de hierro, en que las mujeres derramaban la leche de sus odres de cuero, haciéndola hervir con fuego de matorraje; y asi hacen el *kyran*, mezclando la leche de vaca, de oveja y de cabra, cuya mezcla espesa la cocion. Los kirghis cortan esta pasta que llega á consolidarse, en rebanadas de 4 pulgadas de largas por 2 de anchas, que ponen al sol en zarzos de



caña; de lo que resulta una especie de queso, articulo alimenticio de gran importancia en aquellas comarcas. Cuando este queso se endurece toma la apariencia y aun la consistencia de una piedra calcárea y para poderlo comer hay que tritarlo en un mortero y remojarlo luego en leche. Yo he probado este manjar y no puedo celebrarlo como cosa de gusto.

En la *yurta* de Kubaldos pasamos al fin la noche. Dos cosacos y Tchuck-a-bua estendieron sus pieles

cerca de mí, y puestas mis armas en seguridad me acosté yo tambien en las mias. Poco tiempo despues estaba ya dormido á algunos pasos del capitán de ladrones.

Menester es tener un sueño pesado para no estar de pie al apuntar el día en un *aul* de kirghis: los gritos de los animales bastarian para despertar á un muerto. Cuando yo salí á tomar el aire, uno de los cosacos me esperaba ya: se habia levantado mucho



El sultan Yanantuk y sus hijos.

antes y visto á Kubaldos salir del *aul* como tambien á su gente, que á caballo salió detrás del jefe. Envié á llamar á Tchuck-a-bua, mandé á los demás cosacos permanecer en la *yurta* y tomando mi escopeta nos dirigimos hácia el lago como á cazar patos.

Ya en puntos donde no podíamos ser oídos el cosaco repitió á Tchuck-a-bua lo que á mí me habia ya dicho y convenimos en que habia algo de extraño en la conducta del jefe, que así se iba despues de habernos invitado á permanecer allí. En su virtud resolvimos partir inmediatamente, sin pedir, ni dar ninguna explicacion, y al poco tiempo nos alejamos mas que á buen paso del *aul* en direccion del Sur-este.

Despues de muchas horas de trote largo envié de

explorador á uno de mis kirghis hácia un pequeño *aul* dependiente del que habíamos abandonado. Mi emisario tuvo la suerte de encontrar á una mujer y dos muchachos hijos suyos, que en otro tiempo fueron robados en su propia tribu, y á quienes dió el kirghis memorias de sus amigos. La mujer le dijo que Kubaldos habia mandado llamar aquella noche á los hombres del *aul* y que todos estaban de expedicion, si bien no sabia dónde. Le dijo tambien que á una jornada hácia el Sur habia un lago y pastos, y que mas lejos una montaña junto á la cual habitaba el sultan Sabeck. Estas noticias concordaban con la descripción que me hiciera Baspasihan; no podia dudar de la veracidad de la mujer de que se valió la Providen-



Trombas de arena en la estepa.



cia para suministrarlos los datos que necesitábamos.

En su consecuencia volvimos á tomar el trote y dos horas despues desapareció la yerba de la estepa y entramos en un arenal. El sol estaba aun bastante alto: seguimos adelante y tres horas despues comenzamos á ver una línea negra que atravesaba la estepa: era la prolongada vegetacion de un rio. Los caballos enderezaban las orejas relinchando, presintiendo la proximidad del agua. En efecto, antes que el sol se pusiera llegamos á un riachuelo. ¡Magnífico se presentó el caso! Rojos vapores surcaban el horizonte, esparcidos á la vez en el espacio y en la estepa, pero separados por una faja oscura entre el cielo y la tierra. Nubes de oro flotaban en caprichosas masas por la parte del Oeste y subian hácia el zénit tomando un esplendor que deslumbraba. Luego aquel flamante matiz fue cambiando hasta tomar una tinta carmesí oscura. La parte superior del cielo teñido de azul turquí, fue tomando por numerosas gradaciones, primero un color verdoso, despues amarillo claro, cuyos tonos se pronunciaban á medida que las miradas descendian, hasta que al fin aparecia naranjado con sombras rojizas al nivel del horizonte que cortaba la llanura de un color de púrpura sombría. Mi escolta hacia el efecto de un punto en medio de aquel desierto sin límites.

En aquel paraje tan tranquilo entonces, pero que podia venir á ser el teatro de una sangrienta lucha antes que los rayos del nuevo sol volvieran á bañar la estepa, celebramos un consejo sobre lo que convenia hacer. Los cosacos y Tchuck-a-bua juzgaban que Kubaldos con su gente iba á nuestro alcance. Nosotros sabíamos que aquel jefe solo tenia necesidad de nuestros caballos: privándonos de ellos, éramos ya una presa fácil de coger. No podíamos escapar á pie de aquellos vastos desiertos de arena y los bandoleros se apoderarian de nuestras armas, sin correr grandes peligros.

Una vez informado de nuestra direccion por los pastores de su pequeño *aul*, Kubaldos podia alcanzarnos hácia la media noche. En su consecuencia requerimos y cargamos nuestras armas, reunimos y atamos los caballos en sitio conveniente, pusimos centinelas arreglando las horas de facion y contando con la vigilancia de los hombres y de nuestros perros de guardia, muy pronto nos dormimos los libres de servicio.

Mas tarde, cuando un cosaco me despertó, me sorprendí de que las horas pasaran tan tranquilamente. Los centinelas no habian sentido ruido ninguno, sino es el murmullo del rio, ni los perros habian tampoco ladrado una sola vez. La noche era bella; las estrellas brillaban en un cielo sin nubes; un reposo absoluto reinaba en aquellas regiones permitiendo oir nuestros pasos sobre el musgo; nada se veia al través del claro oscuro que envolvía la estepa. Pero hé aquí

que de repente se iluminó toda la llanura con un esplendor cerúleo. Involuntariamente sentí un estremecimiento momentáneo: era un meteoro enorme que atravesaba lentamente el espacio de Sur á Norte. Despues de haber corrido unos treinta segundos se inflamó proyectando una luz vivísima y produciendo una detonacion semejante á un cañonazo remoto. El estruendo despertó á algunos de mis hombres que se levantaron en alarma creyendo haber oido nuestras carabinas.

Aquel fenómeno me interesó en gran manera: otros aparecieron despues, pero eran pequeños, del color de fuego y corrian con celeridad sorprendente dejando detrás una estela de chispas blancas.

Nuestro tiempo de vigilancia corrió sin que viéramos venir ningun ladrón: otros hombres nos reemplazaron y yo me senté á contemplar de nuevo los meteoros. A eso de las dos de la madrugada aparecieron otros muchos y mas bellos todavía. Algunos eran de color carmesí vivo; otros de púrpura encendida, corriendo en varias direcciones, pero mas ordinariamente hácia el Noroeste. Aun continuaron apareciendo por espacio de una hora con tal profusion que en ese breve espacio conté hasta ciento ocho, pues corrian con frecuencia tres ó cuatro simultáneamente. Era la mañana del 11 de agosto y recordé que esta fecha del año estaba señalada por la aparicion periódica de tales fenómenos.

Con esto habia olvidado á Kubaldos y á su gente, cuando un perro que dormia á mi lado comenzó á ladrar. Le impuse silencio y al instante ladró otra vez acompañado ya de los otros. Sin duda ninguna sentian algo en la estepa. Una larga y estrecha faja de luz aparecia ya en el horizonte por la parte del Nordeste: poco despues vagos resplandores fueron derramándose en la estepa permitiendo vislumbrar los objetos á cierta distancia. Soltáronse los perros y al punto corrieron ladrando con fiereza hácia la orilla del rio, en donde pudimos distinguir una multitud de ciervos que se alejaban precipitadamente.

La mañana era deliciosa, iluminada por un espléndido sol y refrescada por agradables auras. No habia que perder tiempo, y felicitándonos de haber pasado sin contratiempo la noche, nos pusimos nuevamente en camino.

Nada de particular nos ocurrió en la jornada; pero á la caída de la tarde, estando yo dibujando un paisaje de lago y rocas, uno de mis hombres descubrió humo á mitad del camino de aquellas mismas rocas y allende el lago, lo cual atrajo naturalmente la atencion de todos.

Kubaldos y sus bandoleros habian llegado allí antes que nosotros en la persuasion de que habíamos de pasar por aquel sitio. En su virtud resolvimos acampar á la orilla del lago, á fin de desorientar á quella

gente que habia de vernos desembocar en el valle, si íbamos mas lejos.

Mientras se preparaba la cena, quise reconocer de cerca una estrecha lengua de tierra que entraba en el lago y fuí allá en compañía de un cosaco y de Tchuck-a-bua. La lengua era una serie de rocas que se ensanchaba desde 4 á 20 pasos: su superficie estaba cubierta á trechos por una capa de musgo; por otros sitios la roca estaba desnuda y rodeada de agua á gran profundidad; las bases que se hundian en el agua ofrecian un bello color de púrpura algo sombría. Una de aquellas rocas tenia, enormes dimensiones y una profunda hendedura en uno de sus lados; otras muchas la rodeaban en forma de pilares. Desde este punto hasta el istmo que la une á la orilla aquella pequeña península tendrá sus 600 metros de longitud.

En tanto que yo diseñaba aquel pintoresco paisaje, mis dos compañeros lo reconocian con la previsora mira de establecer allí nuestro campamento para pasar la noche. Suponian que los bandoleros no debian distar muchos pasos de nosotros y que nos acometerian asi que nos creyeran dormidos, porque esta traicion era su sistema de guerra. En aquel paraje podíamos defendernos de quinientos agresores. Una parte de la lengua no tenia mas de 12 pies de latitud y estaba además embarazada con muchos y grandes pedruscos. El paso mas estrecho distaba á 80 metros de la orilla teniendo 30 lo menos de longitud. Podíamos, pues, fusilar á cualquiera que se aventurara por allí, y los agresores que nosotros esperábamos no se habrian encontrado jamás ante un fuego mortífero. Convínose en permanecer en el campo hasta bien entrada la noche, llevando luego los caballos á la parte mas avanzada de la península, donde quedarían en seguridad durante la noche bajo la guarda de cuatro kirghis, que deberian tambien cuidar de que los perros no ladrasen. Los kirghis habian criado tan especialmente á aquellos animales que no habia que temer traicion por parte de ellos. Tomada esta resolucion volvimos al campo donde explicamos á todos nuestro plan, dando despues las órdenes convenientes para realizarlo.

Por la tarde se habian visto muchos hombres observarnos desde la montaña, y podian fácilmente ver la traslacion de los caballos, lo cual destruia nuestro ardid. Al oscurecer se encendió una gran fogata, cuyas llamas indicaban á los ladrones que nos disponíamos ya á dormir; pero luego que cerró la noche se ensillaron los caballos á fin de ejecutar nuestro plan, quedando en el campo dos calmucos para mantener la lumbrera con orden de no separarse de allí hasta que Tchuck-a-bua los llamara. Asi las cosas, partimos lentamente hácia el nuevo campamento y al llegar á la estremidad mas estrecha del istmo, todos echamos pie á tierra. Dos cosacos y los kirghis fueron á conducir y atar

los caballos en el fondo de la península: en seguida trajeron las mantas que debian servirnos de lechos, estendiéndolas á unos 25 pasos de la entrada estrecha. Un cosaco y un kirghis se apostaron en el extremo opuesto, es decir, cerca de la orilla del lago, á fin de esperar á los bandoleros, cuya llegada debian avisarnos viniendo furtivamente á nuestro puesto. Nuestra posicion nos inspiraba completa seguridad y confianza en ella, nos acostamos silenciosamente. El fuego de nuestro primer campamento lanzaba aun una claridad brillante. Como yo estaba en el borde del lago, permanecí viendo las llamas reflejarse en las aguas y despues me quedé dormido. Antes de relevar la primera guardia, los dos hombres de nuestro puesto vinieron anunciando que los bandoleros habian llegado al primer campamento, y que al resplandor del fuego que habian ellos fomentado, habian vislumbrado gente á caballo. En tal caso ya, ordené que tres de mis hombres dispararan á la vez en su oportunidad, lo que nos daría tres turnos, encargándome yo de llenar los intervalos de las descargas con mi escopeta de dos cañones. Con este acuerdo esperamos la llegada del enemigo. A los pocos momentos oimos las pisadas de los caballos en la orilla del lago, pero la oscuridad era muy densa para poder distinguir ningun objeto. Los bandidos marchaban lentamente y se detuvieron un instante á la entrada del istmo. Parte de ellos siguieron adelante: nosotros los oíamos hasta hablar. Muy luego llegaron al paso estrecho donde no podian marchar mas de tres al frente: detuviéronse otra vez allí y consultaron al parecer... ninguno se determinó á ir mas allá.

Pero pudimos distinguir cada una de sus palabras y aun reconocer la voz de Kubaldos. Despues de algunos momentos de vacilacion, la cuadrilla se alejó al trote en direccion del Norte.

Los kirghis de mi escolta me explicaron entonces el sentido de las palabras de Kubaldos. Creyéndonos muy lejos de él y airado por haber errado el golpe, nos trataba de cobardes y prometia á su gente agarrarnos con facilidad, ya en los pantanos, donde suponía que nos habríamos refugiado en la orilla Norte del lago, ya en la estepa que teníamos que atravesar para ir al *aul* del sultan Sabeck.

Nosotros, con tales antecedentes, burlamos las intenciones del digno jefe de bandidos, siguiendo primeramente sus huellas y torciendo despues al Este, mientras él nos buscaba al Norte. El segundo dia, sin haber visto ni la sombra de aquellos malhechores, hallamos seguro asilo y reposo hartamente necesario en las *yurtas* del sultan Sabeck.

Mi huésped, por el número de sus servidores y riquezas pastoriles, me recordaba los pastores de pueblos y ganados de que hablan la Biblia y Homero. La sultana, su esposa, y la princesa su hija, sentadas en